

EDITORIAL



la luz de la doctrina social de la Iglesia se aprecia también, más claramente, la gravedad de *«los pecados sociales que claman al cielo, porque generan violencia, rompen la paz y la armonía entre las comunidades de una misma nación, entre las naciones y entre las diversas partes del continente americano»* (...) Estos pecados manifiestan una profunda crisis debido a la pérdida del sentido de Dios y a la ausencia de los principios morales que deben regir la vida de todo hombre. Sin una referencia moral se cae en un afán ilimitado de riqueza y de poder, que ofusca toda visión evangélica de la realidad social.» (JUAN PABLO II, exhortación *Ecclesia in America* No. 56)

«Perciban y emprendan con valentía, hombres dirigentes, las innovaciones necesarias para el mundo que los rodea (...) Y no olviden que ciertas crisis de la historia habrían podido tener otras orientaciones, si las reformas necesarias hubiesen prevenido tempestivamente, con sacrificios valientes, las revoluciones explosivas de la desesperación.» (JUAN PABLO II, «Discurso a los dirigentes de Colombia», Bogotá, 1986)

Con estas y muchas otras orientaciones llenas de sólidos argumentos, Juan Pablo II ha señalado la íntima relación que existe entre los desequilibrios sociales y los estados de violencia, así como la urgente necesidad de construir sociedades donde tales desequilibrios sean superados a la luz de la fe, con el fin de consolidar una paz integral y duradera. Con el presente número de nuestra

revista buscamos dar aportes para enriquecer dicho proceso de construcción del cual estamos tan urgidos en el hoy conflictivo y aciago de nuestra amada Colombia.

Desde esta perspectiva, confluyen en el desenvolvimiento de dichos aportes la teología, otras ciencias y la realidad histórica, en consonancia con el horizonte interdisciplinar y social que en este sentido nos invita a realizar el Concilio Vaticano II (Cfr., *Gaudium et Spes* No. 62). De aquí que en esta edición el lector encontrará sugerentes insumos venidos de la economía, la teología, la ética, la exégesis bíblica, las ciencias de la seguridad y defensa, la sociología o la pedagogía. Confiados en Dios, esperamos haber podido dar un aporte a su mayor gloria con la presente revista.

EN MEMORIA

TRAGEDIA MUNDIAL

Las palabras de Juan Pablo II citadas arriba resuenan con especial fuerza profética después de haber presenciado la catástrofe acaecida en las ciudades de Nueva York y Washington D.C. el 11 de septiembre pasado. En ese contexto, las reflexiones que aparecen en este número de la revista son, sumados a muchos otros en el mundo entero, un esfuerzo para ayudar a prevenir que sigan explotando violenta y demencialmente los odios, las angustias y los dolores acumulados durante siglos fruto de la explotación, la opresión y la discriminación que ha causado la hegemonía del capitalismo mundial contra los débiles y diferentes.

Estos acontecimientos merecen todo nuestro repudio y nuestra más enérgica condena. Así como Jesús, hacemos propio el profundo dolor de miles de víctimas y el de todos sus allegados. Y precisamente porque nos ubicamos en una perspectiva humanista y cristiana hoy más que nunca no es el momento de la venganza o la retaliación sino el de la oración profunda de cara a tan horrenda situa-

ción, unidos íntimamente a Jesús crucificado perdonando a sus asesinos. En este sentido y en medio de este conmovedor luto, Juan Pablo II ha pedido a Dios «por aquellos que lloran la pérdida violenta de parientes y amigos para que en esta hora de sufrimiento no se dejen poseer por el dolor, por la desesperación y la venganza, sino que más bien sigan manteniendo la fe en la victoria del bien sobre el mal, de la vida sobre la muerte, y se comprometan en la construcción de un mundo mejor.» (Audiencia General, Roma, septiembre 12 de 2001)

En otras palabras, los demenciales hechos sucedidos en la «capital del mundo» y en el centro político-militar de la «única potencia mundial», nos deben conducir, en cualquier rincón de esta aldea global, a considerarlos en toda la profundidad que entrañan, para decidir acciones guiadas por la cordura, la sensatez y la solidaridad, y de ninguna manera reaccionar movidos sólo por los instintos del odio, la defensa del propio territorio y de los intereses egoístas.

«Es un momento crucial y nuestros hijos agradecerán si sobre estas ruinas logramos construir un mundo distinto. La palabra clave para ello es «solidaridad». Esa misma solidaridad abrumadora que ha brotado de todos los rincones del planeta debe ser la que continúe guiando las relaciones entre los países en la era que empezó el martes.

Pero la solidaridad es un concepto que opera en varias direcciones y no solamente en una. La encrucijada es propicia para que los gobernantes de Estados Unidos reflexionen sobre la importancia de arrojarse sincera y plenamente en manos de esta nueva idea. No sólo para perseguir a quienes han asesinado de manera vil a sus ciudadanos, sino también para reconstruir una realidad llena de injusticias y desequilibrios globales, en la cual la actitud de Washington puede marcar diferencias fundamentales.

En estas mismas columnas hemos criticado la dirección soberbia y egoísta que estaba imprimiendo a su gobierno el presidente George W. Bush. Como si no tuviera socios y amigos, como si nada fuera más importante en el planeta que sus propios intereses, Washington estaba dedicado a trabajar por el imperio de su bienestar. (...)

La nueva solidaridad, por otra parte, debe convencerse de que todo terrorismo es execrable. (...) La CIA inició en las artes de la violencia a cientos de musulmanes opuestos a la presencia de Moscú. Uno de los que cursaron la escuela primaria del terror en tales condiciones fue Ben Laden, la bestia negra que hoy ataca a Occidente con los más bárbaros métodos.

En el nuevo orden internacional no puede haber terroristas buenos ni solidaridades de una sola vía.» (Periódico *El Tiempo*, editorial, Bogotá, sábado 15 de septiembre de 2001).

Ojalá escuchemos la palabra del Dios-Amor radicalmente solidario con la humanidad, la cual nos está siendo intensamente dirigida en los acontecimientos mencionados y en las reflexiones que sobre ellos se originan a lo ancho del planeta.

Bogotá, 18 de septiembre de 2001